

leer siempre los textos más largos y más confusos que son sin duda alguna los más científicos. La parte práctica es más compleja y constituye un arte difícilísimo; es el arte de hacerse simpático al profesor y darle, a la brevedad posible, pruebas de un real aprovechamiento. Para hacerse simpático conviene no faltar a clase y ser tanto más puntual cuanto más inservible sea el maestro, porque un maestro inteligente sabrá distinguir en el examen al alumno preparado y un maestro de cortos alcances estará profundamente convencido de que para saber algo es necesario escuchar lo que él explica o confunde, aunque haga en la clase lo que hacen todos los maestros de cortos alcances: limitarse a repetir al pie de la letra un libro que el alumno conoce y puede consultar cómodamente sin moverse de su casa. Si este maestro ha escrito por casualidad un libro copiado — errores inclusive — de otro no menos copiado y que ha cubierto de gloria al autor, el buen estudiante hará admirablemente bien en recitar, cada vez que se le ofrezca la oportunidad, lo más como loro que le sea posible, las páginas del librejo. En una palabra, el alumno debe convertirse en perfecto copista del copista. Es la única manera de mantener la homogeneidad en la preparación de las doctas generaciones que se van diplomando sucesivamente.

Puede pareceros, a primera vista, que el procedimiento es un poco servil y no menos aburrido, pero tened en cuenta que el valor del hombre independiente es nulo, porque sucumbe luchando contra inmensas mayorías de serviles, y que una de las fases más serias y más recomendables de la ciencia es precisamente su aburrimento. Buscar el lado ameno, movido e interesante de la ciencia es una profanación, como lo dice cualquiera de esos sabios de raza, que son, como ustedes saben, las bibliotecas semovientes más aburridas y aburridoras que existen en el planeta.

Siguiendo este sencillo método, el tiempo se desliza agradable y rápida-

mente; todo va bien y todo concluye bien; se obtiene legítimamente el diploma y se deja una brillante hoja de servicios en la Facultad, que es algo así como la primera rendija de la puerta por la que se debe pasar para llegar a la cátedra. Es cierto que se sale sin saber un demonio, pero esto mismo es una gran ventaja, porque el que sabe piensa y duda, lo que produce un efecto desastroso en la clientela. Nada más provechoso que afirmar con la inmensa convicción de la ignorancia.

Lo primero que hay que pensar, una vez que se tiene el pergamino debajo del brazo, es que la humanidad esta compuesta por dos clases de individuos: los que son doctores y los que no lo son y que, si suele ocurrir el caso de que alguno de estos últimos sea, aun desde el punto de vista intelectual, muy superior a algunos de esos primeros, es urgente demostrar que esta verdad es una solemne mentira. Esto se consigue usando dos procedimientos simultáneos, que consisten en fruncir el ceño y en no hablar. Frunciendo el ceño se hace suponer a todo el mundo que, allá en el interior de la masa encefálica, se está desarrollando una escena terriblemente intelectual y compleja, y no hablando se evita que la gente llegue a sospechar todo lo contrario.

Con esto, ya se puede entrar de lleno en el ejercicio de la profesión. Es cuestión de ir haciendo, entre un certificado de defunción y otro, un poquito de filosofía positiva, como, por ejemplo, la siguiente:

Si el diploma de doctor en medicina tiene por único y exclusivo objeto hacer plata, sería un error imperdonable y peligroso el querer hacerlo servir para otra cosa; sería como pretender extraer una catarata con un nocturno de Chopin. El diploma no puede sacar más plata que de una cosa: esta cosa es el enfermo. Es necesario, por consiguiente, desagotar al enfermo. Para ello conviene asustarlo, asombrarlo y embromarlo. Asustarlo, probándole, más o menos disimuladamente, que el médico que lo asiste es el único capaz